

PENUMBRIA

Revista fantástica para leer en el ocaso



Num. 20b

En la tienda de antigüedades del perverso Mefisto de este número encontrarás invenciones, sentencias, serpientes y escaleras. Lunas, zapatos raros, relojes, dimensiones. Jaegers, estaciones espaciales, vigías. Niños, monstruos y guardianes.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-
NoComercial-SinDerivadas 3.0 No portada.

Torre de Johan Rudisbroeck

Si descargaste este número (20b) antes del 20a, te explico brevemente: del 10 al 13 de julio se llevará a cabo la DelToroCon, convención virtual dedicada a uno de nuestros más grandes héroes: Guillermo Del Toro. Por supuesto, Penumbria no podía perderse este festejo y decidió dedicarle a su obra no uno, sino dos números, que reúnen cuentos, reseñas y dos portadas que harían sonreír al propio Memo.

Así, en la tienda de antigüedades del perverso Mefisto de este número 20b encontrarás invenciones, sentencias, serpientes y escaleras. Lunas, zapatos raros, relojes, dimensiones. Jaegers, estaciones espaciales, vigías. Niños, monstruos y guardianes.

Participa en la convención y no se te olvide ver la premier de la serie televisiva *The Strain* y compartir este par de números deltorianos en redes sociales, utilizando: #DelToroCon.

Miguel Lupián

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO

Guillermo Del Toro presenta

Manuel Barroso

Admiro a Alfred Hitchcock. Era un loco, un visionario del miedo. Lo digo así porque creo que el miedo es, de todo lo que puede sentir cualquier ser vivo, la cosa más intrigante y bella de todas.

De todos sus trabajos, uno de los que más me llama la atención es su programa de televisión. Me encanta cómo ese hombre grande —en todos los aspectos— se presenta en la pantalla chica con toda la seriedad del mundo a hablar de algo aterrador en un escenario inquietante.

Porque no bastaba con narrar sus propias concepciones del miedo, había que mostrar las de otros.

Por eso, cuando vi por primera vez en una película *Guillermo Del Toro presenta*, no pude evitar imaginármelo como a Hitchcock en la pantalla chica.

Y es que mucho se ha hablado de Del Toro como director, guionista, novelista e imaginante (de todas, la última es la profesión más destacable), pero no he escuchado tanto de él como productor.

El loco que produce algo es el más clavado de todo el equipo. Siempre. No sólo es el *dude* que pone el dinero (esos son inversionistas, no productores), sino también aquel que se encarga de que la magia se haga posible. Es el libro de artes oscuras que posibilita que los magos ha-

gan su trabajo porque necesita contar, también, esa historia.

Rudo y Cursi, Biutiful, Asesino en serio, Cosas insignificantes, Perseguida, El gato con botas, Kung fu Panda 2, todas esas películas han tenido la mano de Del Toro sólo en la producción, pero ahorita, para mí, no son relevantes.

La lista importante en este texto es esta: *El orfanato, Los ojos de Julia, No le temas a la oscuridad, El origen de los guardianes y Mamá*.

Todas estas cintas —fuera de *No le temas a la oscuridad*, donde el guión es del de Jalisco— fueron tocadas por la producción de Del Toro.

Todas giran alrededor del miedo.

Esto sólo habla de un imaginante de lo siniestro, un nigromante 24 por segundo que se obsesiona con narrar los miedos del mundo que lo rodea.

En su ensayo *Danza macabra*, Stephen King afirma que pagamos por sentir miedo porque necesitamos sentirlo. Nuestra naturaleza está ligada al terror, a las pesadillas, a lo que no queremos pero sabemos oculto en nuestra cocina, esperando por nuestro regreso. La desaparición de un hijo, el engaño, las historias que insistimos en sacar, nuestras propias limitaciones, las personas del pasado de quienes amamos. Todo eso sonríe no en un armario oscuro, sino en la brillante sala de nuestra casa con la tele prendida, palomitas en la mano y un sello de garantía que dice «Guillermo Del Toro».

Guarden aquí todas las proporciones necesarias, pero la necesidad de Del Toro por darnos nuestros miedos en monstruosas figurillas de acción me resulta equiparable a la de Hitchcock con su programa de televisión.

Toda generación necesita un terrorista de la imaginación, un fabricante de monstruos. El nuestro se llama Guillermo Del Toro.

Colofón: dicen por ahí que Warner y DC han sostenido pláticas con Del Toro para que se encargue sobre películas con sus superhéroes mágicos. Mataría por una cinta sobre Etrigan, Zatanna, Dr. Destino, El espectro (al que le hicieron un bellissimo corto animado), Deathman, Swamp Thing, Gitana y, por qué no, de la Liga de la Justicia Oscura.

La Invención

Guillermo Verduzco

Mienten los que afirman que la Invención fue destruida en un maloliente complejo industrial escondido en la parte más abandonada del Estado de México. ¿Cómo puede ser destruido lo inmortal? ¿Cómo podría desaparecer alguna vez lo eterno? La Invención existía desde antes de que el Alquimista la encerrara en su prisión dorada. La Invención era anterior al Alquimista, anterior al país llamado México, anterior a cualquier país del mundo o incluso al mundo mismo. Venía de los negros espacios estelares donde el tiempo no significa nada.

Pero fue creada alguna vez, aunque qué mano o apéndice menos mencionable se encargó de eso, nadie lo sabe. De ahí su nombre. El huevo de oro, con sus patas afiladas como agujas, fue creación del Alquimista, sí, pero sólo como una manera de canalizar el poder asombroso de la Invención.

El Alquimista vivió cuatro siglos y se bebió innumerables vidas. Después de eso se dijo que la Invención fue destruida. ¿Pero qué podría hacer un anciano blandiendo una roca contra lo imperecedero? Gris, el anciano, murió poco después al negarse a consumir la vida que exige el Regalo. Y el pequeño ser inmortal sobrevivió, curando sus heridas en un estado latente.

La fábrica donde quedó fue deshuesada lentamente con los años, los materiales enviados a docenas de lugares alrededor del mundo. Nadie está seguro de cómo sucedió, pero el diminuto animal divino terminó en un pequeño poblado del sur de México, un lugar olvidado de la mano de Dios con apenas cuatrocientas personas.

Pero una anomalía como la Invención no puede permanecer demasiado tiempo oculta. Treinta años después de que fuera utilizada por última vez por un ser humano, el ser fue hallado por una pequeña niña, escondido entre un caos de varillas de metal en el basurero municipal.

Esta niña amaba los insectos, y la Invención era el insecto más hermoso y peculiar con el que se hubiera topado nunca. La llevó a su casa, la cuidó. Y finalmente, después de un proceso de curación de treinta años, el ser despertó, hambriento.

Los papás de la niña se comenzaron a preocupar por su comportamiento después de dos semanas. Nunca tenía hambre, se negaba a dormir durante las noches. Cada vez se veía más pálida. Lo que ignoraban era que no tenía apetito porque lo saciaba todas las noches, con las vacas del vecino, que por las mañanas aparecían con extrañas marcas cerca del cuello. Eventualmente, comenzaron a morir, vacías ya de sangre.

Una noche, el papá de la niña entró al cuarto de ésta y no la encontró. Buscó incluso debajo de la cama. Buscó, y en un cajón de la cómoda adornada con personajes de Disney, encontró la Invención. Una semana después la familia entera, mamá, papá e hija, se alimentaban de las cabras de un segundo vecino todas las noches.

Pero llegó el día en el que el ansia de sangre pasó de sus mentes y pudieron volver a pensar, a sentir algo que no fuera hambre. El padre se dio cuenta de que lo que los afectaba no era una enfermedad, sino un regalo. Se sentía joven como no lo había hecho en años, fuerte, alerta. Podía escuchar a las hormigas caminando fuera de su casa, cada

uno de sus minúsculos pasos. Una noche se hirió la mano con un alambre de púas mientras se introducía a una granja para alimentarse de un becerro, y la herida, que no era pequeña, cerró en cuestión de horas. *Era un regalo. Uno que tenía que compartirse.*

Al mes, el pueblo completo poseía el Regalo de la Invención. La primera que lo había recibido, la pequeña niña que amaba a los insectos, ya había desechado su antigua e imperfecta piel y brillaba bajo la luz de la luna con una blancura que aterraba por lo hermoso. Era como ver a un ángel.

El pueblo devoró al pueblo vecino entero antes de que se decidiera implementar una infraestructura de alimentación sustentable. Debían saber ocultarse y tenían que comer. Se empezó a criar a humanos como ganado. El pueblo floreció.

Al final, claro, sucedió lo inevitable. Los hombres son pasajeros. Ni siquiera el Regalo, que extiende la vida, puede arreglar su naturaleza básica. Después de cien años de paz, de disfrutar el Regalo bajo la luz de las estrellas, alguien deseó la Invención para sí mismo y para nadie más. Ocurrió un asesinato, luego otro. Se abrieron heridas en cuerpos por los que ya no fluía sangre sino un limo verdo-so, casi inmóvil. Se libró una pequeña guerra por la posesión del animal que les había otorgado la inmortalidad. La Invención, ese pequeño agujero en el universo que inflamaba la realidad a donde quiera que iba, había contemplado el mismo evento en incontables mundos, incontables veces.

El pueblo ardió en menos de dos meses, ¿Pero qué puede hacer el simple fuego contra lo perpetuo? La Invención permaneció, enterrada en cenizas, durante otros cien años. Era paciente, pues el tiempo no existía para ella. Alguien más vendría. Y, eventualmente, alguien lo hizo.

La sentencia

Alexis Ugbar

Vosotros, humanos, no sois sino unos incrédulos inmisericordes. Ahora, a pesar de toda la poesía que mi figura os ha inspirado, me juzgáis como a un bichejo ruin y queréis erradicarme. Vuestra ignorancia ha aherrojado mis manos; vuestra ceguera ha encadenado mis piernas. Vosotros habéis dejado de soñar cuando, irremediabilmente, sois parte del mismo sueño. Aquilatáis una flor por su color y por su forma, pero desconocéis la esencia de esa flor. Habéis arrojado vuestras saetas sobre la fantasía para vedar las rebeliones. Vuestro gobierno os desea imponer un mundo práctico, un mundo que, pesarosamente, descrea del hipogrifo y de la beldad del unicornio. Seréis autómatas de las industrias, vanos engranes de un descomunal y fatuo mecanismo de reloj. Os compadezco. Me entristece vuestra estupidez y vuestra desgana Sin embargo, no os reprocharé vuestra negligencia, puesto que sois seres limitados. Sabed que si yo perezco, ineluctablemente vosotros mismos, más tarde o más temprano, acabaréis por igualar mi destino...

Las últimas palabras del acusado resonaron gravemente en el ámbito del tribunal. El impassible fiscal apeló una vez más a los cargos que se le imputaban al fauno: corrupción de menores, insubordinación, perfidia, desequilibrio mental, apología de la imaginación, etcétera. El nuevo régimen no

toleraría las deleznales *elucubraciones* de las criaturas del bosque, puesto que distraían a la población de las cosas verdaderamente importantes: la política, el pragmatismo, la burocracia. Perniciosamente, el juez solicitó el veredicto: culpable. La sentencia: pena de muerte.

Condujeron al fauno por un oscuro pasillo que desembocaba en un traspatio sangriento. Al llegar al traspatio notó con desaprobación que un maltrecho y ajado minotauro estaba siendo fustigado con un fatídico instrumento parecido al alambre de púas. En uno de los ángulos creyó entrever los cadáveres en estado de descomposición de un centauro, un elfo y una náyade de las fuentes. Su suerte, pensó, estaba echada.

Las hadas —dijo uno de los oficiales que lo custodiaban— dan menos problemas. Basta una ligera descarga eléctrica para acabar con ellas —se rió. Los melancólicos ojos de luna del fauno se elevaron tristemente al cielo: un desordenado crepúsculo de fuego anunciaba la noche. Los brutales grilletos le ardían en los tobillos y las incómodas esposas sulfuraban sus muñecas. Le colocaron una venda negra en los ojos y lo acomodaron frente al paredón de ladrillo. Humildemente, comenzó a entonar una feliz y última poesía:

*De las altas tierras y bosques
hoy venimos, venimos;
de las islas ceñidas de ríos,
donde, bravas, las ondas se callan,
escuchando mi flauta tan dulce...*

No había concluido la primera estrofa cuando lo destrozó la descarga.

Las horas que pasan

Maricarmen Arellano

—Se escuchan ruidos extraños. No me gusta estar aquí.

—Tranquila. Son sólo los sonidos de la tierra, son arrullos para que duermas.

—¿Por qué me diste ese reloj? Quiero volver a la casa de mi tía Agus.

La mujer que la acompañaba guardó silencio. Emilia sintió sus ojos ahogarse en la oscuridad que reinaba. Todavía tenía la sensación de las manos sudorosas de su tía aferrando la suya. Y también el metal. El frío del reloj interpuesto entre ambas.

Se acordó del calor y del sol que abrazaba el jardín enorme de la casa de su tía. Emilia prefería pasar la mayor parte del tiempo bajo ese calor envolvente que dentro, donde pesaba el olor de recuerdos estancados.

Ahí afuera conoció a esa mujer que estaba de pie junto a la cerca, esperando, con los ojos pesados de soledad. Siempre que salía, ella estaba ahí. Era muy diferente de la tía Agus; parecía como si toda su atención se vertiera por completo en ella, como si no hubiera nada más.

Emilia supuso que no habría mucho que hacer para un fantasma.

Fue ella la que le dijo donde estaba el reloj, que más bien se trataba de un viejo mecanismo medio oxidado con números grabados en un tosco engrane.

—Pensé que iba a gustarte.

Emilia no respondió. Se dejó arrastrar más por la pesadez sepulcral de la oscuridad. Por la sensación de ese calor en la mano de su tía, tan húmeda, tan ansiosa por quererla sin conseguirlo, tan aferrada a la promesa que le había hecho a su madre moribunda mientras mecía con las mismas manos húmedas a la bebé Emilia. Tan resentida con su hermana, la madre de Emilia, que había desaparecido al poco tiempo de tener a la niña.

Se dejó arrastrar por esa tarde en que de nuevo estaba sola, su tía dormía en otro cuarto la siesta. Giró fácilmente el mecanismo pese a la herrumbre, el nueve medio borro-neado se convirtió en un diez de pintura más brillante. Eso fue todo, no logró hacerlo girar más.

Levantó la mirada y frente a ella estaba una corte digna de los pocos cuentos de hadas que la tía Augusta había ido comprando tras muchos ruegos. Era la gente más hermosa que Emilia hubiera visto, todos de cabello plateado y piel de un pálido asombroso.

Ellos también la miraron, primero confundidos por la aparición, después ansiosos por acercarse a ella, por tocarla, por llevarla hacia el centro del salón. Emilia se sintió absorbida por un remolino de belleza al ver los hermosos rostros cernirse sobre ella, al sentir esas manos suaves y frías acariciar su cabello con devoción. Escuchó los aplausos, sintió el júbilo más embriagante al sentir toda la atención puesta en ella, sin juzgarla, sin dedicarle miradas de culpa, de fastidio, de cansancio.

Quizá por esa razón tardó tanto tiempo en sentir ese escozor que se fue convirtiendo en un dolor cada vez más grande. Primero comenzó a desaparecer un dedo, luego una mano completa, un pie, una pierna... Emilia sentía cada desaparición como tenazas ardientes desgarrando la piel, cortando capa por capa del músculo hasta llegar al hueso. El más álgido horror se clavó en su estómago al ver a las personas sonreír con placer, cada vez más atrocemente